

---

FERNANDO  
EPELDE

---

YO,  
DONALD

---



Sobre el autor

## Fernando Epelde



Nació con la década de los ochenta en Ourense y lleva cerca de diez años residiendo en Madrid, aunque ahora afirma que se va a un pequeño pueblo gallego (pero nadie acaba de creérselo del todo).

Hombre de espíritu hipercreativo, ha ganado el premio de teatro Tirso de Molina de 2011 con la obra *Ud. no está aquí* y el Marqués de Bradomín de 2009 con *OM, la música del universo*, ha actuado en cine y teatro, tiene una inabarcable carrera musical en grupos como Modulok, Alta Cabeza y Raposo, hace vídeos, dibuja...

Es difícil destacar una faceta artística sobre las demás, pero últimamente escribe más de lo normal.

Probablemente sea una de las personas que menos duerme del mundo.

Esta obra es la segunda pieza de la compilación *Circulación periférica* sobre ricos y contrastes. La primera, *El aparcacoches*, está en su blog: <http://fernandoepelde.wordpress.com/>

También podéis leerle en [laplayademadrid.es](http://laplayademadrid.es)

Portada de **Juan Zamora**

# A

l principio no era absolutamente consciente de su poder. Cuando las cosas son así desde siempre, se hace muy difícil valorarlas. Ella era afortunada. Lo era hasta los límites de la ciencia ficción. De niña, dio una palmada al aire y mató a una mosca. Cuando vio el cadáver aplastado sobre sus rodillas se arrepintió, entendió lo que había hecho y pudo ver como el insecto se recomponía costosamente, la miraba fraccionada en un montón de polígonos y se marchaba zumbando.

Toda su vida era exactamente como aquel hecho. Por donde ella pasaba florecían los acontecimientos. Nunca había llegado tarde. Sus mentiras se convertían en realidad justo cuando lo necesitaba y permanecían ocultas en forma de secreto el resto del tiempo.

Estaba blindada.

Era como un chaleco antibalas. Chapada en algún metal enriquecido.

No generaba noticias. La mejor noticia siempre será el no tener noticias.



El 31 de diciembre de 2001 se fue la luz en todo el vecindario menos en su vivienda. Tan solo ella y su pareja pudieron tomarse las uvas con su programa de televisión favorito. Por si esto fuera poco, a las 00:07, cuando llamó a su familia para felicitarles el año, resultó ser una de las poquísimas personas afortunadas que pudieron contactar por teléfono sin problema alguno. Las líneas no se saturaban para ella. Tardó mucho en ser consciente de estos detalles.

En 2004, a la vuelta de su último año de Erasmus en Londres, la aceptaron en la revista donde siempre quiso trabajar. Justo en la que ella quería. Se esforzó muy poco. Necesitaba preparar mínimamente las cosas. La destinaron a la sección que más le gustaba. Encandiló en la entrevista personal. No se ponía nerviosa. Simplemente, no podía suceder nada malo. Caminaba sobre algodón de azúcar.

Su personaje favorito de Disney era Narciso, el primo afortunado de Donald. Se identificaba con él, no comprendía a Donald. Le parecía el personaje más absurdo del mundo. Podía entender a Mickey, a Goofy e incluso a Pluto, un perro que era, en realidad, la mascota de un ratón... Pero aquel pato al que todo el tiempo sucedían cosas malas le parecía insulso e inverosímil. Narciso, sin embargo, era lo más próximo a sí misma que había encontrado.

Nunca se había partido un hueso. Nunca había roto un plato. No era cuidadosa. En muchos sentidos era una chica salvaje. Muy fogosa en la cama, divertida y fresca. No tenía motivos para no serlo.



Había tenido seis parejas importantes en su vida. Eso le daba un halo de humanidad que la beneficiaba. En una chica como ella, guapa y bien avenida, el hecho de cambiar frecuentemente de pareja, y de manera pacífica y civilizada, era síntoma de que, aun intentándolo con intensidad, el amor no le sonreía. La gente pensaba que ella era, a su vez, una mujer fuerte e independiente que sabía sobreponerse a las rupturas y, a pesar de todo, ofrecer su mejor cara a los demás.

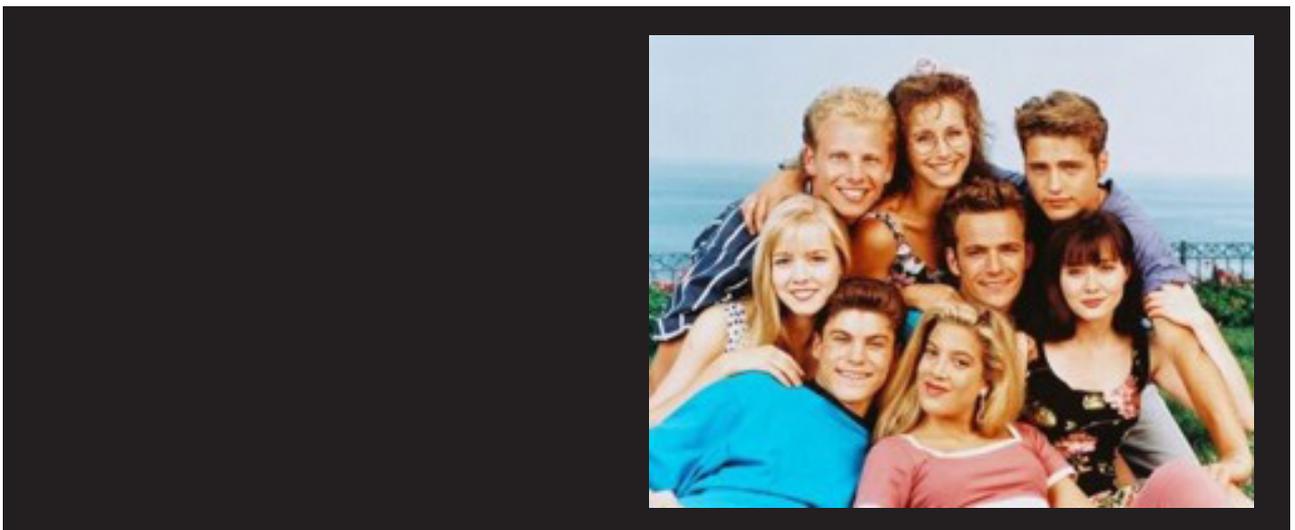
En realidad, todo esto no era más que una impresión equivocada. Las relaciones cortas le conducían a un equilibrio vital que ella prefería. Tenía estabilidad cuando lo necesitaba, y libertad total el resto del tiempo. Aquel tipo de vida sentimental era, ni más ni menos, lo que ella quería, y nunca se había visto mínimamente perjudicada por una ruptura.

No deseaba tener descendencia por el mismo motivo que no necesitaba probar muchas otras cosas. Ya sabía perfectamente cómo sería su hijo. Sería guapo, listo y educado. Resultaría, ya os digo, como todo lo demás: perfecto.

A los 29 se aburría. Fue de repente, de un día para otro. Se sintió terriblemente vacía leyendo una revista de moda, se levantó, miró por la ventana y, por primera vez, pensó en otra dirección. Pensó en solucionar un problema.

Era algo nuevo, algo muy complicado.

No sintió pánico. Confió en que aquello se arreglaría solo y se entretuvo abriendo la correspondencia. La empresa se había equivocado con la factura del teléfono. Le devolvían 432'18 euros por un error en sus cobros durante los tres meses pasados.



Encendió la televisión, ponían su programa favorito que era sobre personas afortunadas con problemas insignificantes. Seguía sintiéndose vacía. Las mariposas de su estómago estaban dormidas. A su vez, ella también se quedó traspuesta. La luz se fue unos segundos. La televi-

sión se apagó sin que ella lo supiera y, al instante, la electricidad volvió a su hogar para dejarlo todo tal y como estaba.

Al día siguiente quedó con su amiga. La llamó para tomar unas cañas después del trabajo. Esa amiga, casualmente, tenía el día libre, así que pudieron quedar antes.

Hablaron del vacío, de la edad, de los hombres como concepto, *Juego de tronos*, una amiga embarazada, un amigo del trabajo muy guapo que acababa de romper con su novia, los alquileres, otra amiga muy zorra que ambas conocían y los perros. Toda la conversación aterrizó sobre la idea de que, quizás, Rita debería comprarse uno.

Mantuvo dos días el convencimiento de que debería adquirir una mascota. Mientras tanto, el vacío se hacía más profundo en su interior. Estaba hueca y rígida como una campana.

Su amiga le trajo un perro. Lo sacó de un albergue. Tuvo suerte. El animal tenía cinco meses y estaba hecho para ella.

Rita lo amó desde el primer instante. Aquello era justo lo que necesitaba.

Su vacío se llenó. La fortuna había apretado, pero no ahogado. Allí no había pasado nada. La situación la había hecho llegar hasta aquel animal, que ahora le había devuelto energías renovadas.

El cachorro la despertaba por las mañanas lamiéndole la cara, no ladraba y le hacía reír.

Resucitó su actividad social. El estilo de vida de Rita cambió ligeramente. Volvía a salir las noches de los viernes y algunos sábados. Estaba radiante.

Una noche, volviendo de un concierto, se encontró al perro tendido en medio del salón, boca arriba, tieso y con las patas en alto. Había estado bebiendo en la discoteca. Tenía dudas sobre si el animal estaba durmiendo. Aquello era muy extraño.

Se acercaba y se asustaba simultáneamente. No estaba acostumbrada a sentir miedo.

El perro no respiraba.

Ella esperaba a que, sencillamente, aquello se arreglara solo.

Lo tocó con un dedo. Lo meneó un poco.

Estaba rígido como un alambre.



Le dio la llorera. Se desmontó delante del cadáver. No llamó a nadie. No pudo sacar el cuerpo. No podía pensar.

Se tiró sobre la cama y se quedó dormida.

Soñó que iba en una barca y que, en ella, solamente había un remo. Podía ver el otro flotando.

Al despertarse no recordaba este sueño. Su cerebro tardó un poco en reconocer el espacio.

Después, compuso el momento y, por último, la noche anterior. En unos segundos volvió a tener el problema presente.

Ni siquiera había abierto los ojos y ya sabía que no quería salir al salón.

Aquello le hizo pensar en que, si tuviera pareja, este momento sería mucho más sencillo. Por primera vez se sintió profunda y complejamente desafortunada.

Pensó en Donald. Pensó en que, pasado este trago, debería meditar más sobre él.



Salió del cuarto. El perro no estaba. Dudó. Se tranquilizó. Era lo que ella esperaba. Todo estaba bien. Había dudado. Era tonta.

El cachorro asomó la cabeza desde su cama de gomaespuma. Las orejas todavía no le levantaban del todo. Corrió a saludarla.

Algo bueno había pasado. Todo volvía a la normalidad.

Pero ella ya había experimentado esa ausencia de fortuna.

Se sentía vulnerable.

Quedó con su amiga. No quería dejar solo a su cachorro, así que, tras el trabajo, tomaron unas copas en casa. Era viernes, no recordaba que tenía aquella botella en el mueble. Dejó de llover. Hablaron de *Juego de tronos*, de enanos, de pornografía, de trabajo, de exparejas, de la misma amiga embarazada y de otro tipo que acababa de dejarlo con su novia. Debatieron superficialmente sobre la crisis, rememoraron un verano que pasaron juntas.

Bebieron mucho.

Cerraron un asunto poco importante que tenían pendiente, una discusión del pasado. Se disculparon mutuamente. El asunto era de hacía mucho tiempo y estaba ya muy frío. La reconciliación era innecesaria, pero se abrazaron al final. Siguieron bebiendo.

El perrito les hacía monadas hasta que se quedó dormido.

Hablaron abiertamente de tener hijos.

La conversación concluyó con la idea de que Rita debería de buscarse una pareja.



Se quedaron a dormir juntas en la misma cama.

Al día siguiente, Rita se levantó sola y con la convicción de utilizar su poder.

Le dio de comer al perro. Desayunó unos cereales con leche leyendo un periódico digital y se permitió unos minutos extra en casa porque encontró un billete en el bolso y ya no tendría que pasar por el cajero antes de entrar a trabajar.



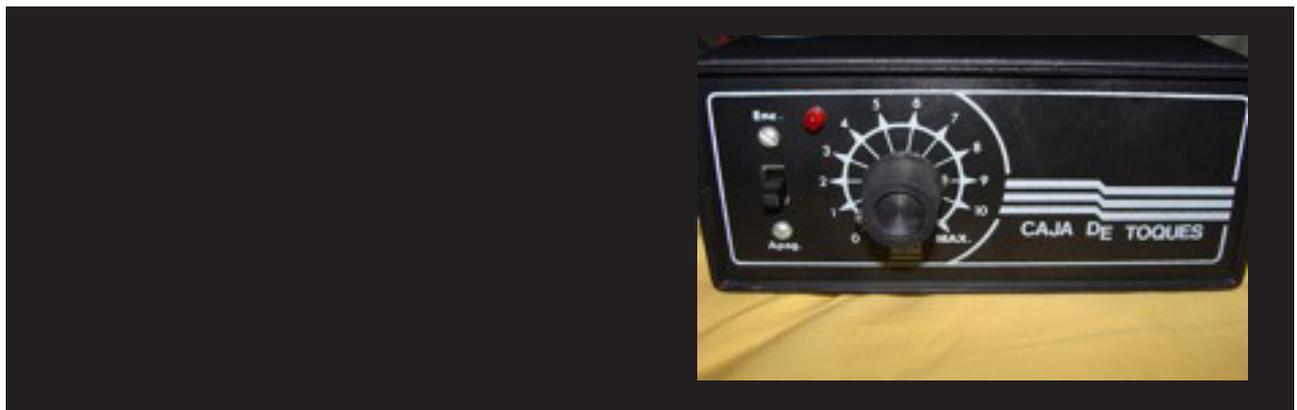
A la hora del café, el chico guapo sobre el que solía hablar con su amiga se sentó a su lado. Estaba hecho. Quedaron para cenar.

La cita fue bien, comieron en un mexicano donde trabajaba su amiga. Se bebieron unos margaritas, unas Negras Modelo y, al final, un par de mojitos cada uno.

La cena de él llegó fría. La de ella con ración extra de chiles.

Hablaron de trabajo, él le preguntó por un par de famosos que ella había entrevistado. Comentaron *Juego de tronos* y algunas series más. Hablaron de enanos. Ella se arriesgó introduciendo el tema del porno. Dijo casi exactamente lo mismo que su amiga le había contado en la conversación de hacía dos noches. Compartieron sus películas y discos favoritos y, en un momento, alguien gritó: “¿Quién quiere toques?”.

Él dijo que no sabía qué era aquello de los “toques” y ella le explicó que se trataba de un divertimento ilegal mexicano que le apasionaba.



Hacia rato que habían cerrado, y todos los camareros, amigos íntimos, parejas, el mago, los mariachis, los cocineros y el jefe estaban bebiendo tequila como si se acabara el mundo.

Ella le explicó brevemente que el juego consistía en que los asistentes se sentaran alrededor de una mesa, se cogieran de las manos y en que los dos más osados se situasen en los bordes del círculo, agarrados a una máquina que pasaba electricidad. La “caja de toques”.

Él dijo que quizás no deberían jugar a aquello, pero igualmente terminó cediendo.

No quería quedar como un aprensivo.

Hablaron de la fortuna. Terminaron por ser de los más animados en torno a la caja de toques. El personal estaba enfervorecido.

Pasaron casi una hora jugando a aquella pesadilla propia de Tesla y comentaron cada detalle con discreta complicidad. La electricidad pasaba a través las manos de todos los que componían el círculo. La potencia se subía progresivamente y la gente que no aguantaba la carga eléctrica debía irse levantando de la mesa. Las primeras en abandonar eran las mujeres. Había un mejicano que parecía salido de *Abierto hasta el amanecer* que sudaba como un pollo y al que se le hinchaba una vena en la frente.

Rita ni se inmutaba.

Quedaban seis personas: Ellos. Dos mariachis. El tipo del a vena hinchada y un señor mayor que ya tenía el cabello erizado por la estática antes de empezar con todo aquel asunto.

A Rita aquello parecía cargarle las pilas, pero él estaba haciendo esfuerzos titánicos para no aullar de dolor o soltarse de sus manos.

Al final solamente quedaron en juego ellos y el hombre de la vena palpitante.

Ganó el mejicano, por supuesto. Apuesto a que aquel tipo ya había estropeado más de un componente electrónico en su vida.



Antes de soltarse y todavía surcados por la electricidad, Rita miró a su acompañante y le dijo: “El hombre que quiera estar conmigo, habrá de quererme así de radiante todo el tiempo”.

Le temblaban los músculos de la cara.

“No será fácil”, dijo él.

Pero aguantó estoicamente, así que ambos se fueron a la casa de ella a tomar una última copa. Hablaron de Donald y de Narciso. Él era Donald, por supuesto. Hablaron de sexo. Se fueron a la cama.

La grabó con el móvil. Le dijo que quería tener recogidas todas sus expresiones faciales.

La grabó mientras le comía el coño, la grabó mientras se la follaba y, finalmente, mientras la sodomizaba.

Al día siguiente se vieron en el trabajo.

Ella le pidió los vídeos y él le dijo que se le había caído el móvil al retrete.

Era verdad, su móvil había muerto. Además había un error en su nómina y hasta el lunes no le ingresarían.

No forzaron la máquina. No quedaron ese mismo día, pero tenían ganas.

A él se le cayó medio café en la camisa, el cajero le tragó la tarjeta y, con el móvil estropeado, perdió una oportunidad laboral muy importante. Esto último nunca llegó a saberlo. Como tantas otras cosas.

Se mudaron a vivir juntos. El perro volvió a aparecer muerto en el salón un par de veces. El asunto, con el animal ya bastante más crecido, resultaba cada vez más espeluznante. Tal y como ella esperaba, él se hizo cargo de todo.

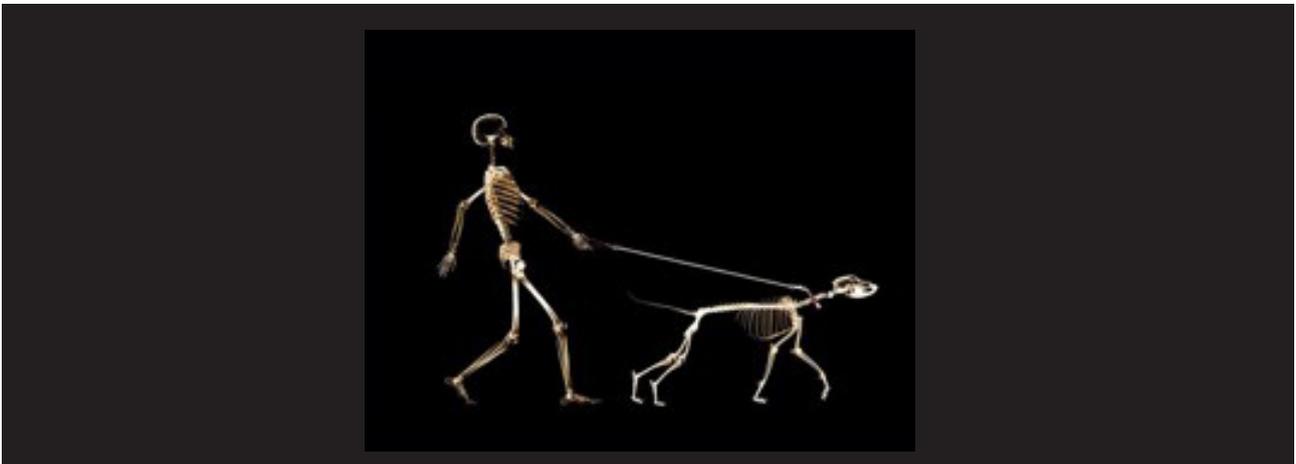
La segunda vez que el animal apareció así lo examinó a fondo.

El perro sí respiraba. Pero sus pulsaciones discurrían a un nivel tan bajo que eran casi imperceptibles. Aparentaba estar muerto, pero las apariencias engañan.

Se le ocurrió acercarle algo de comida al hocico. Algo irresistible e inesperado: queso.

El perro no reaccionó. Aquel comportamiento duraba unas cuantas horas y, solo cuando por fin desistían de reanimarlo y se olvidaban de él, el animal aprovechaba su soledad para volver a su estado normal.

Lo llevaron al veterinario. El perro odió al practicante como todos los seres odian a sus médicos, pero el examen que se le realizó no mostró nada fuera de lo normal.



Ella comenzó a trabajar desde casa, tal y como lo deseaba. La madre de él murió de un cáncer rápido y fulminante. Ninguno de los dos necesitaba vivir en aquella ciudad para desempeñar su empleo. Se mudaron a la casa del pueblo donde, hasta entonces, había vivido la recientemente fallecida.

Él empezó a tener las manos siempre frías. Mala circulación periférica. Eso le dijeron.

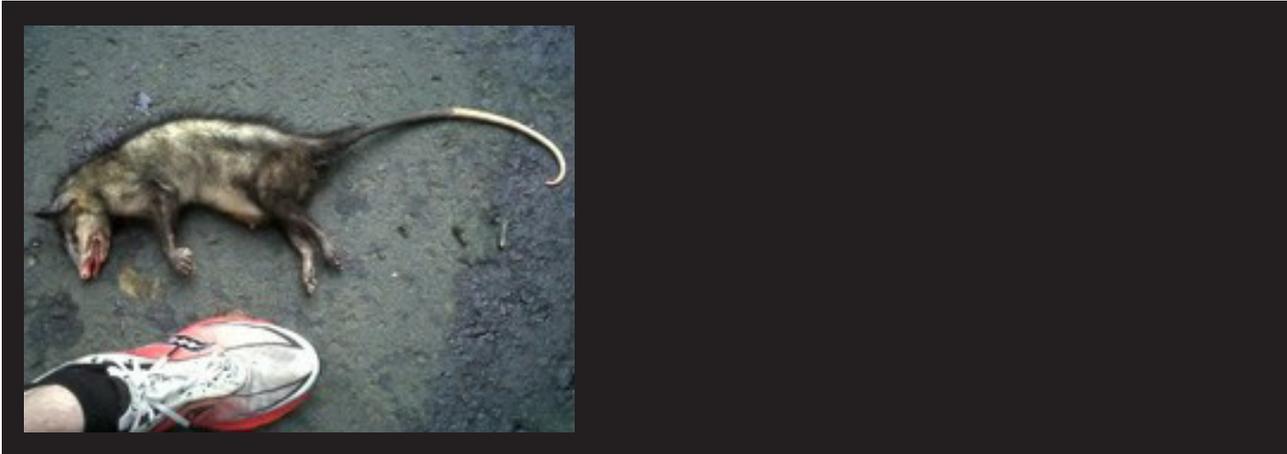
Allí empezaron a vivir a otro ritmo. Tenían 34 años, pero era como si tuvieran 50. Poco a poco todo iba adquiriendo otro tempo en aquella casa aislada. Minimizaron los ruidos.

La primera noche en su nuevo hogar fue muy extraña. A él le asolaba un sentimiento melancólico por su madre, y ella dudó de si aquello era realmente lo que quería.

Había luna llena y ella se levantó a mirarla desde el porche. El único que parecía estar contento con todo aquello era el perro. Tenía cinco años y era evidente que el cambio de vivienda le había parecido de maravilla.

Eran las cuatro de la mañana y el animal corría por el jardín histérico, movido por todos los roedores nocturnos que le inspiraban mucha curiosidad. Allí había un universo nuevo que despertaba cuando el sol desaparecía. Sultán no disponía de aquello en la ciudad.

Ella se sentó en una hamaca y miró el cielo. Sus ojos se adaptaban lentamente a la oscuridad. Escuchó ese sonido tan característico de las almohadillas de los cánidos subiendo las escaleras. El perro se acercaba jadeando y muy atareado. Se acercó a sus pies y le dejó un regalo.



Se trataba de un roedor o algo parecido. Uno bastante grande. Ella pensó que debía de ser un topo. Había escuchado que era mejor que el perro no jugase con ellos. Por lo visto, transmitían enfermedades.

Sultán abandonó a la criatura a los pies de Rita. Lo hizo meneando el rabo. Era su regalo de bienvenida. Un detalle que indicaba: “Gracias, Rita, por mí está todo bien con la casa”. Después, el perro se giró, le lamió la mano, aceptó un par de caricias de cortesía y volvió corriendo a rebuscar entre los arbustos.

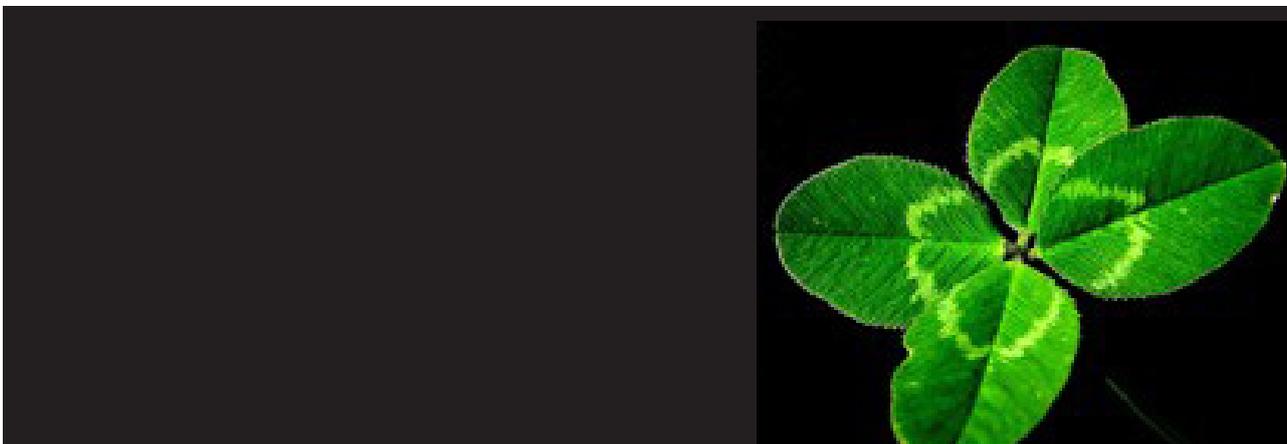
El roedor estaba tieso como una rama. Era grisáceo y su pelaje estaba húmedo por la saliva. Lo observó bien y se dio cuenta de que no era ni un topo ni un ratón. Tampoco parecía una rata. Bien visto, era bastante más grande que todo aquello.

Estuvo un rato reparando en cada detalle. No tenía signos de violencia. Supuso que Sultán lo había matado presionando sobre su cuerpo, pero no había sangre.

Al poco de mirarlo notó algo raro. El roedor tuvo una convulsión pequeñita. Como un *rigor mortis* en miniatura. Se giró de un salto, se apoyó sobre sus patas traseras, dirigió una mirada aterrada a Rita y se marchó corriendo.

La puerta de la cocina se abrió y su novio apareció para abrazarla y preguntarle qué hacía allí sola.

Hablaron de la luna, de la casa, los roedores, la muerte, la madre de él y las etapas de la vida. Hablaron de dinero, de la crisis y de la fortuna otra vez. Él empezaba a ser consciente también de los poderes de ella. Temía que el hecho de haberse retirado tanto les afectara de algún modo.



Durante los días siguientes la vida adoptó otro ritmo. En la ciudad, el tiempo se había desfragmentado tanto que ya casi era imposible entender la realidad en su conjunto. Existían

minutos para levantarse. Horas de trabajo. Minutos para la comida. Segundos dentro de esos minutos para tomar el postre. Más horas de trabajo. Minutos para perder el tiempo. Horas para quererse. Minutos para consultar el correo, segundos para ser amable, medias horas para el transporte, minutos para la vida social... Y aquí, todo eso no tenía demasiado sentido.

El ahora había cobrado un significado mucho más profundo y real. Más independiente.

La gente del pueblo no fragmentaba. El Universo lo regían leyes más universales que dirigían la realidad de cada día de un modo mucho más práctico y totémico

Cuando llovía, los paisanos de aquel pueblo no salían a faenar. Cuando se encontraban de camino al trabajo, se detenían para hablar y paraban los relojes. Se amaban hasta que el cuerpo aguantaba. Comían el tiempo que era necesario. Ante los elementos y las estaciones, las leyes de la ciudad se hacía cada vez más artificiales y estúpidas.

Su vida y la de Sultán se iban haciendo cada vez más parecidas.

Los poderes de ella seguían funcionando de una manera visible. Sembró un par de plantas de marihuana que crecieron solas. Al poco de mudarse, instalaron una serie de postes telefónicos que ofrecían un mejor acceso a internet.

Él tuvo un lunar raro. Era como un mapita de África en miniatura. Empezó a sangrar. Fueron al médico. Ella no imaginaba que algo malo pudiera estar pasando. Había olvidado que no era inmune del todo. Él murió a los cuatro meses. Igual que su madre. Ella se arrepintió de no haber mencionado lo suficiente su nombre.

De pronto, aquella casa empezó a tener grietas por todas partes. Una noche, mientras intentaba volver a contemplar la misma luna que encontró en aquel porche hacía unos meses, Sultán volvió a traerle un regalo.

Se trataba otra vez de aquella clase de roedor.

De nuevo se encontró a sí misma con la vista clavada en el cadáver. Esperando a que reaccionara de algún modo. Pero esa vez, tan sólo consiguió ver como algunas hormigas se acercaban, dialogaban entre sí moviendo las antenas y se abalanzaban sobre él.

Tenía el ordenador sobre la mesa del porche. La conexión a internet era fantástica, así que buscó a aquel bicho en la red.

Aquello era una zarigüeya. Según la Wikipedia era imposible que aquel animal viviese en ese pueblo. No existen en España.

La Wikipedia dudaba sobre si era verdad que aquel ser fingiese su fallecimiento.

Por lo visto, el bicho sufría una verdadera muerte por estrés cuando se sentía amenazado. Era temporal, pero también era real. Era como un ave fénix masoquista. Supongo que un pastor alemán bien alimentado era un buen motivo para sentir ese estrés.



No tenía con quién hablar en aquella casa, así que, en soledad, se entretuvo pensando en *Juego de tronos*, en las zarigüeyas, en su marido y en la muerte como concepto.

Mientras buscaba más información en la red, una ventanita le informó de que había ganado un premio. Era la usuaria “un millón” de aquella página. No era un timo, era cierto, pero a esas alturas ella ya dudaba de sus poderes y dejó pasar la oportunidad.

Al día siguiente encontró otra zarigüeya en la ducha. El roedor había entrado por la ventana del baño y se resbalaba torpemente intentando salir de la bañera.

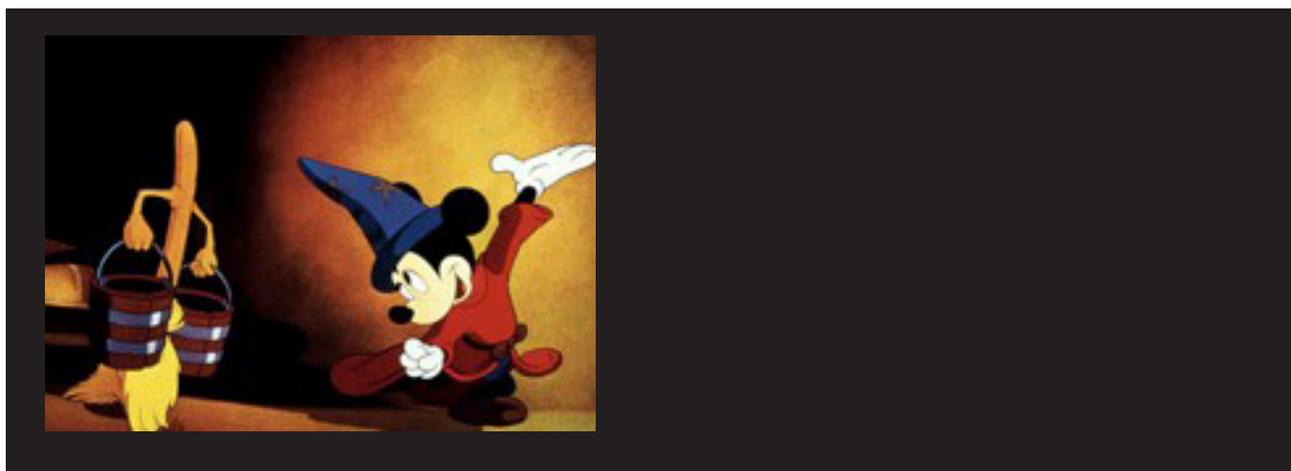
Los roedores son mucho más bonitos en las ilustraciones de los libros que en las fotografías de internet. Las nutrias, los mapaches y los castores resultan, en realidad, mucho más feos que una rata. Sus uñas afiladas son monstruosas y desproporcionadas, su mirada roza la demencia y sus dientes suelen ser amarillos y amenazantes.

La zarigüeya de la bañera chilló hasta que ella le amenazó con la escobilla del váter. El animal dejó de huir ante un simple roce con el instrumento y cayó fulminado. Se puso rígido como un estropajo de aluminio y permaneció allí inerte y boca arriba.

Una muerte en miniatura. Eso era lo que acababa de presenciar.

Ella no sabía si debía aprovechar ese espacio de tiempo para matarla de verdad, sacarla de allí o estudiarla un poco más. Era como un hechizo de tiempo limitado.

La cogió con unos guantes de limpieza que guardaba bajo el lavamanos y la arrojó por la ventana.



Su amiga y su nueva pareja fueron a la casa a visitarla. Ella no entendía las reglas de la viudez. Los asuntos relacionados con el destino eran ahora mucho más complicados que antes. Vestía de negro aunque no hubiera nadie para mirarla. Su amiga le dijo que nunca antes la había visto llevar ese color.

El novio era torpe, poco resuelto y bastante tímido... pero estaba vivo.

Les preparó una habitación. Vistió la cama con algunas sábanas de la madre de su marido. Unas que, sin embargo, nunca pondría para ella misma.

Hablaron sobre todo de las zarigüeyas. El novio insulso de su amiga intervino más activamente durante esta parte de la conversación. Les habló del síndrome de Cotard, diferente a la narcolepsia, que consiste en quedarse dormido irremediablemente en cualquier circunstancia, y diferente también de la catalepsia, cuyos síntomas hacen parecer muerta a la persona afectada durante algún tiempo. El síndrome de Cotard implica CREERSE realmente muerto; es algo similar a pensar que uno es, literalmente, un fantasma y que los demás están vivos a su alrededor.

Se quedó dormida y soñó con la película *Ghost*. Se levantó pensando en Patrick Swayze. Meditaba sobre que, al final, ese hombre tan repelentemente guapo, sí que había muerto de cáncer. Recordaba que otras estrellas habían fallecido muy discretamente a causa de esta enfermedad o habían ofrecido una visión esperanzadora de su lucha, mientras que él se había mostrado cabreado y ofendido durante todo el período que duró su calvario.



Había leído una entrevista en la que el actor explicaba que no entendía por qué le sucedía a él todo aquello, ya que su vida había estado libre de excesos en todo momento.

Empezaron a aparecer zarigüeyas por todas partes. Aquello era, literalmente, una plaga. Vecinos invasores.

La plaga más incómoda del mundo.

El poder mágico de aquella especie era francamente efectivo. Era un horror tener que defenderse de un enemigo que, en cuanto se siente atacado, se inmola.

Las zarigüeyas eran kamikazes. Estaban convencidas de su método.



Aun no sabía si eran valientes o cobardes, pero empezó a odiarlas. Sultán, sin embargo, disfrutaba enormemente con el constante juego que le proporcionaban. Era como un pequeño dios peludo cazando a sus anchas.

Aprendió a fulminarlas con la mirada. Le encantaba matar sin tocar.

Rita, por el contrario, necesitaba pelea. Quería luchar, y de este modo le era imposible hacerlo. Abría la puerta de casa y allí estaban, sobre el felpudo. Todas parecían iguales. Todas actuaban del mismo modo.

Los propios pasos las mataban.

Ella pensó que, finalmente, quizás la mejor defensa no fuera el ataque, sino la muerte.

Su vida cambió totalmente. Pasó de ser una mujer que hacía florecer los árboles a cada paso que daba, a ser como una bruja que fulminaba ratones con su presencia.

Aparecían en los armarios de la cocina. El sonido que hacían las puertas al abrirse también las liquidaba momentáneamente.

Una vez, se sentó en el retrete, vio a una correteando sobre las baldosas y el propio sonido del pis sobre la porcelana terminó por dejar al roedor allí tendido.

Las zarigüeyas se hacían cada vez más numerosas y sensibles.

Llamó a una empresa de control de plagas. Ninguna de las casas cercanas tenía el mismo problema que la suya.

La empresa vino y fumigó. Ella pasó la noche con Sultán en un hotel, cerca de la casa de su amiga y volvió al día siguiente con el ánimo renovado. Tenía 39 años. Aquella noche en la ciudad le hizo pensar que realmente prefería su vida de aislamiento y de contacto con la naturaleza a todo aquel bullicio urbano que ya casi había olvidado por completo. Le dio objetividad. Tan solo necesitaba terminar con la plaga.

Sultán agradeció más que nadie el volver a la casa.

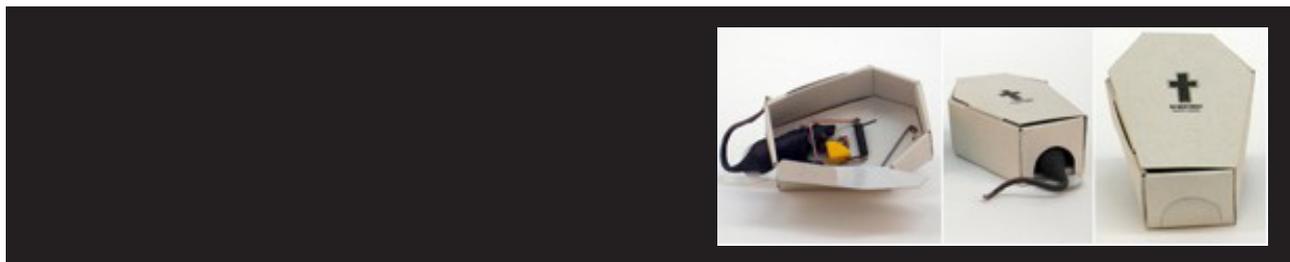
Rita se sentó en el porche sin tan siquiera introducir la llave en la cerradura. Se quedó allí con la maleta, sentada en la hamaca, mientras Sultán registraba los arbustos.

El perro sentía que había perdido su poder. Encontró un ratón que no pudo alcanzar y magreó a un topo estúpido después de intentar aniquilarlo con la mirada. El topo no podía ni verle la cara con la luz del sol.

Rita observó en la distancia que Sultán había engordado. El perro se había acomodado al no tener que correr por ningún motivo. El fin de aquella plaga le vendría bien.

Las zarigüeyas desaparecieron durante el período de una semana, pero muy pronto la decepción volvió a apoderarse de Rita.

Los desparasitadores habían dejado toda clase de trampas por la casa y avisaron de que era posible que apareciesen lo que ellos denominaban “algunos ejemplares residuales”.



Por desgracia, aquellos ejemplares eran también los más hábiles y desarrollados.

Las trampas debían mantenerse fuera del alcance de Sultán, y consistían en un montón de pequeños cuadrados de cartón aromatizados que atraían a los roedores y contenían, además, un veneno que terminaba con ellos al instante.

Lo curioso era que aquello no les afectaba en absoluto. Siempre había una zarigüeya estúpida que se acercaba al veneno, lo probaba y caía muerta, pero las demás, al ver el cadáver, se asustaban y se ponían en aquel estado de trance junto a ella. La muerte no era algo definitivo para aquella especie.

A decir verdad, la muerte las aterrorizaba más que ninguna otra cosa. Tenían la capacidad de

reconocerse como individuos, y cuando veían el cadáver de algún congénere se angustiaban de un modo atroz.

Esto hacía que entrar en cualquier habitación fuese un auténtico infierno. Rita se encontraba siempre junto a sus zapatillas congregaciones de ellas. Todas panza arriba.

Esta clase de trampas se colocaban a los pies de las camas, los sofás y en las esquinas de las habitaciones, cocina y baños.

En los altillos, sótano y trastero la agencia había optado por un sistema bastante más salvaje. Para abaratar costes, las zonas no habitadas de la casa se proveían de trozos de cartón con un cebo, que se untaban con una cola de pegar especial. Este sistema propiciaba una muerte verdaderamente grotesca a los roedores.

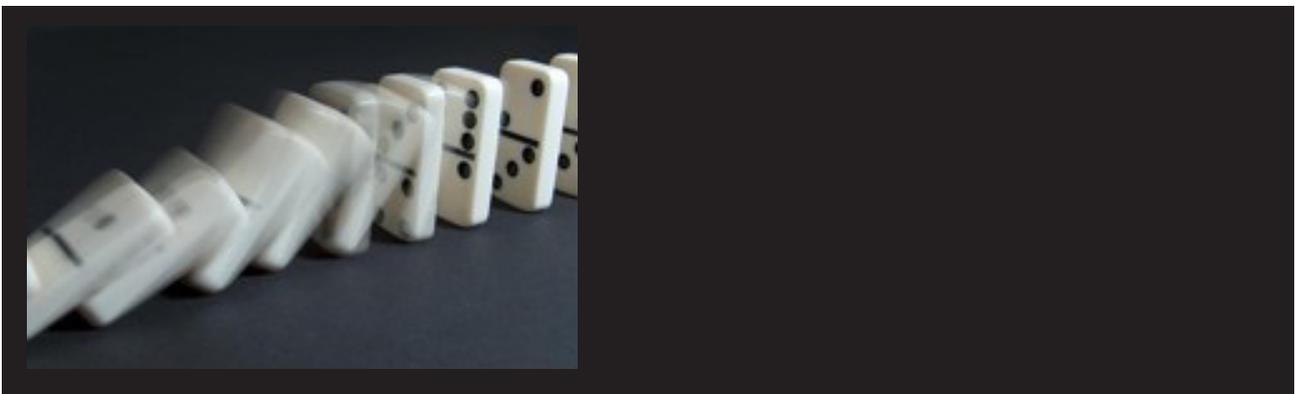
En el caso de los ratones, por ejemplo, la agonía resultaba especialmente horrible. Se quedaban adheridos por el pelaje al cartón e intentaban, con todas sus fuerzas, salir de allí. Generalmente, las crías inexpertas eran las que caían más fácilmente en la trampa. Por si fuera poco, su carne era tan débil todavía que era común ver cómo, literalmente, se dejaban jirones de piel sobre el pegamento antes de morir desangradas allí mismo.

Lo más habitual al ir a recoger este tipo de trampa era encontrarlas, a su vez, cubiertas de moscas zumbando histéricamente. Muchas veces aparecían hormigas y arañas para las que los roedores servían también de cebo. Nadie da tanto por tan poco.

En el caso de las zarigüeyas la muerte era, simplemente, absurda. Se quedaban pegadas y dormidas las unas sobre las otras. El propio estrés que les generaba la situación les impedía también afrontarla de cualquier manera y caían rendidas, una y otra vez, sobre el pegamento.

La estancia en aquella casa se iba tornando realmente descabellada a lo largo de aquel mes.

Ella paseaba por el jardín con su vestido negro y las zarigüeyas, que ahora habitaban por todas partes, caían a su paso como las fichas de un dominó macabro.



Pasados un par de meses, Rita cumplió los cuarenta y empezó a ir a la iglesia. Los roedores se ponían a hacer guardia a ambos lados del camino y se desplomaban a cada paso que daba.

Esos ejemplares residuales se las sabían todas y procreaban a gran velocidad. Ahora la única residual en aquella casa era ella.

Perdió toda fe en la fortuna. Perdió su ancla.

Un día escuchó un aullido y Sultán se presentó con un arañazo terrible en la cara. Le hizo una cura y a las dos horas volvió sin un ojo.

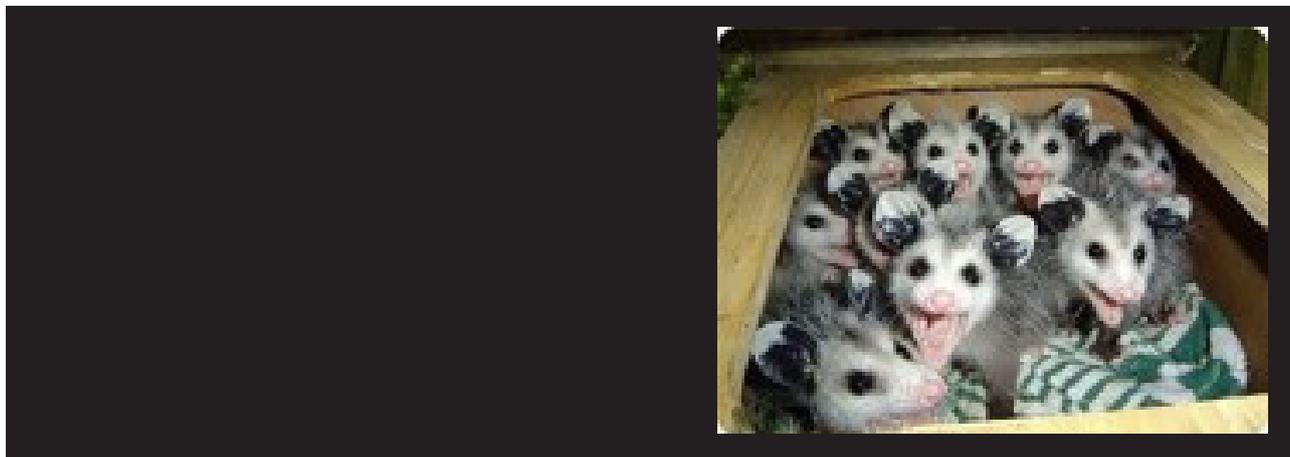
El ambiente empezó a enrarecerse. Cada vez que bajaba a la iglesia caían menos fichas de aquel dominó. Podía verse claramente la evolución.

Algo estaba cambiando diametralmente. Sorprendió a una durmiendo en su cama y ésta ni si quiera se escapó. Muy al contrario, se quedó mirándola amenazante y le mostró las uñas. Tuvo que dormir en el sofá.

Ahora, aquellas criaturas bebían de su miedo.

Sultán no quería ni acercarse a ellas. Después de tantos años, Rita volvió a encontrarlo tendido en el porche, patas arriba. Paralizado como antaño. Al principio se temió lo peor, pero pronto comprendió que había sido la mejor solución que el animal había podido adoptar. Dos zarigüeyas saltaban sobre él como si se tratara de una cama elástica.

El pobre perro se veía indefenso con un solo ojo. Ninguna zarigüeya fingía ya su muerte delante de él ni de nadie.



Ella empezó a hacer todas esas cosas que hacía la gente desafortunada. Compró otro pestillo, hizo unas llaves de repuesto, comprobaba el gas antes de acostarse, pedía cosas en la iglesia, se aburría, visitó a una médium, compró vitaminas, miraba la caducidad de los alimentos... Perdió la magia.

Las zarigüeyas campaban a sus anchas. Estaban por encima de los hornillos, se contaban por docenas en la bañera, jugaban con los paquetes de cereales, destrozaban las tapicerías...

Un domingo se levantó tarde. La noche anterior consiguió ahuyentar a todos los roedores de su cuarto con una escoba. Había tenido que soportar gruñidos y ataques sin contemplaciones. Había cerrado con llave y se había puesto tres pijamas. Al salir, el salón estaba absolutamente infestado.

Campaban a sus anchas y por todas partes. En las estanterías royendo los libros, sobre el sofá, en los marcos de los cuadros, se enganchaban con la cola de la barra de la cortina...

Había muchas sobre la mesa. Tiraban todos los objetos grandes y pequeños y corrían sobre la televisión.

Hablaban igual que las ratas. El sonido era ensordecedor.

Al escuchar el ruido de la puerta ninguna de ellas se intimidó. Se giraron, dejaron lo que diablos estuvieran haciendo y se quedaron mirándola. Llovía inesperadamente, y aquella mirada significaba que ahora ellas tenían el control del mando.

Se asustó tanto y estaba tan impresionada que sintió un desvanecimiento. Se dejó llevar. Nunca antes se había desmayado, pero no luchó ni un poco y se desplomó. Era lo que se llevaba en aquella casa.

Las zarigüeyas la miraron y se acercaron perplejas. La rodearon como una marea. Ninguna osó pasar por encima de su cuerpo ni mancillar lo de modo alguno.

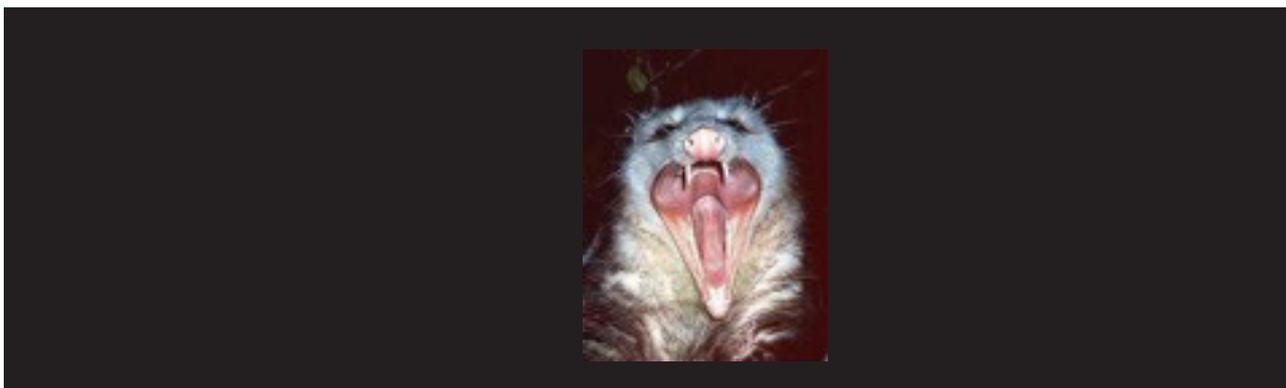
Una que entró tarde en el salón, una muy mojada por la lluvia y que se deslizaba por el hueco de la ventana, levantó la mirada y se encontró a Rita tendida en el suelo. El animal sintió estrés y cayó fulminado.

Las más sensibles de esta camada residual sintieron estrés al ver a aquella tan mojada y vulnerable, y también se desplomaron.

Las hembras, impactadas por los gritos de esos machos afectados, sintieron estrés y se sumieron en aquel trance, generando, a su vez, mucha tensión entre el sector de los machos más testosterónicos de la camada, que no tardaron en caer redondos.

Los jóvenes aspirantes a alfa del grupo se sintieron desprotegidos y cayeron por su propio peso hasta que, finalmente, solamente quedó en pie una zarigüeya. La más grande. Una que tenía una cicatriz inmensa surcándole el rostro y un diente partido.

El ejemplar se plantó frente a la cabeza de Rita. A diferencia de los otros roedores tenía unas rayas más oscuras en el pelaje. La zarigüeya respiró hondo y se elevó sobre las patas traseras.



Aquella zarigüeya tenía huevos. Eso la hacía muy diferente a todas las demás.

Rita abrió los ojos y la vio allí. Mirándola y enseñándole el diente. Una sombra surgió por encima de ellos.

Fue un movimiento rápido. Sultán saltó sobre el roedor con las patas y los colmillos por delante. Se protegía el hocico tratando de pisarla antes de morderle, pero realmente estaba siendo muy directo. El pobre perro ya casi no podía ver con un solo ojo y no tenía mucho que perder. A Rita le salpicó la sangre en la cara.

Luego, se quedaron allí sentados mirando todos aquellos cadáveres de mentira. Las bajas ficticias se contaban por centenas.

No se escuchaba nada más que la lluvia y los jadeos de Sultán, satisfecho con su hazaña, con el hocico manchado de rojo y las orejas levantadas en todo momento.

Rita se acercó al mueble-bar y se sirvió un trago. Casi no quedaba.

Salió el arcoiris.

Sultán se lamió la sangre.

Rita encontró tabaco. El paquete que guardaba en un cajón para las ocasiones especiales. Estaba roído.

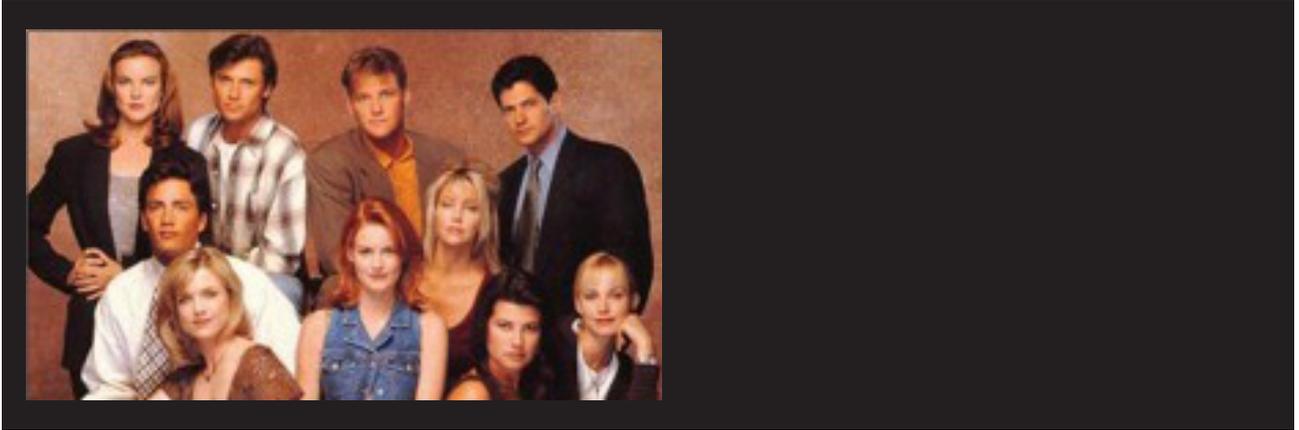
Sultán agarró otra zarigüeya y se la comió sin contemplaciones.

Rita le dejó hacerlo porque sabía que, de este modo, las demás no querrían despertarse todavía. Se fumó el cigarro.

Cada equis tiempo Sultán se zampaba otro roedor. Lo hacía con gran satisfacción. Era asqueroso.

Rita apartó unas cuantas víctimas, agarró el mando, encendió la televisión y se sentó a verla en el suelo, desde el quicio de la puerta.

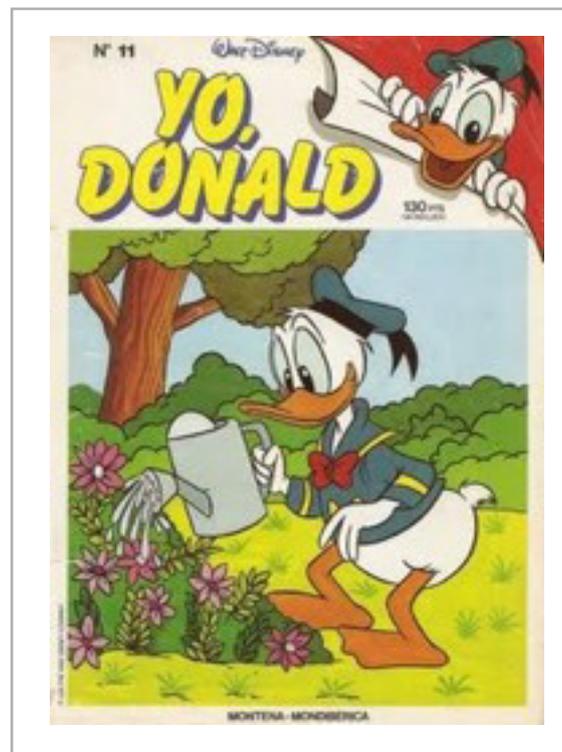
Ponían su programa favorito. También era sobre gente afortunada, pero algo menos.



Se quedó dormida sobre Sultán y soñó que tomaba el sol en una barca. Llevaba un bikini negro, muy retro. Su piel brillaba por el bronceador. Un pañuelo recogía su pelo y unas gafas de sol grandes y redondas protegían su mirada suertuda.

A cada lado de la barca flotaban los remos a la deriva. Pero eso ella no lo sabía ni lo sabrá nunca.

Sobre su vientre descansaba un tebeo abierto y boca abajo. El favorito de su infancia.



**LA PLAYA DE  
MADRID.es**

Fernando Epelde. Madrid, junio 2012